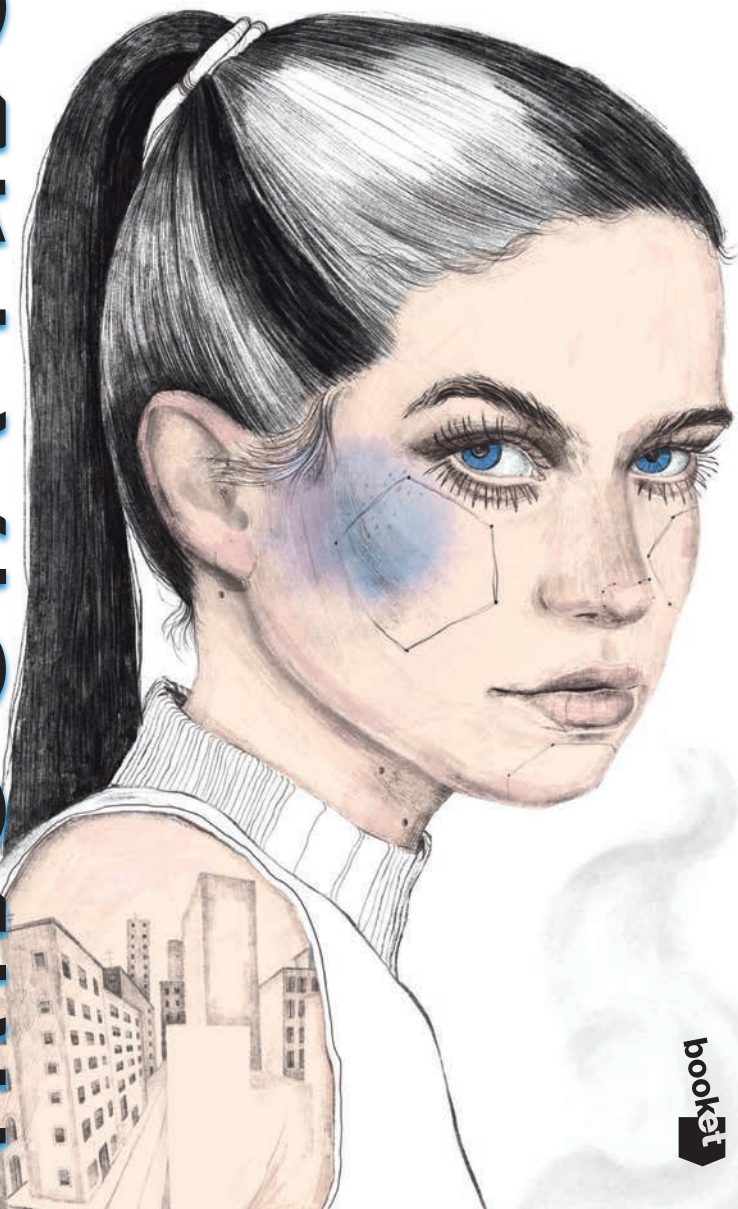


JOANA MARCÚS ①

CIUDADES DE HUMO

TRILOGÍA FUEGO



booket

Joana Marcús
Ciudades de humo
Trilogía Fuego, 1





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Joana Marcús, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta, guardas y cantos: © Ana Santos

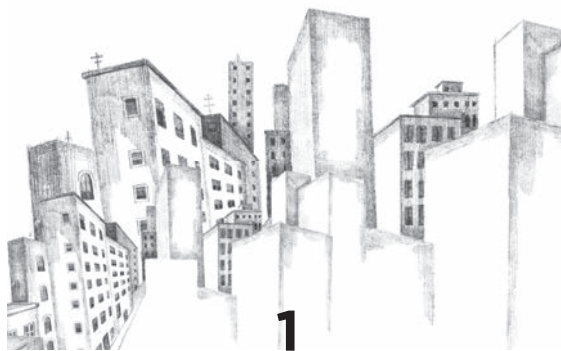
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2023

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 17.922-2025

ISBN: 978-84-08-31053-2

Impreso en España



LA ANDROIDE QUE NO PODÍA DORMIR

Hacía días que se repetía exactamente el mismo sueño. O quizá meses. Era difícil saberlo con exactitud.

Allí el tiempo pasaba tan despacio que perdías la noción. Y ella ni siquiera recordaba haber soñado algo distinto en toda su vida.

No sabía si era del todo normal que un mismo sueño se repitiera una y otra vez, pero no se atrevía a preguntárselo a nadie. Después de todo, ella no debería tener la función de soñar. Era una androide y se suponía que estos no pensaban por sí mismos, no tenían imaginación. Los sueños formaban parte de la imaginación.

A veces, se preguntaba si los demás androides soñaban, como ella, y pensaban tanto en..., bueno, en todo. Nunca les preguntaría por miedo, pero quería pensar que sí lo hacían. Que ella no era tan diferente.

Aunque el padre John, su creador, solía decir que ella siempre había sido especial. Era su última creación y la más novedosa. Y todos sabían que él era el mejor creador de la ciudad.

Ella se llamaba 43. Un androide no tenía derecho a recibir un nombre humano, solo lo que los demás llamaban *número de serie*.

Aun así, su padre la llamaba Alice cuando estaban solos. A ella le gustaba ese nombre humano, así que mentalmente se refería a sí misma del mismo modo. Hacía que se sintiera algo más que un número cualquiera de una larga lista.

Por supuesto, no era algo que pudiera decir delante de sus compañeros o de los demás padres, así que en público seguía siendo la tranquila 43, tercera androide de la quinta y última generación.

A Alice le resultaba difícil dormir y, por si eso fuera poco, siempre era la primera en despertarse. Como no podía moverse de la cama hasta que sonara la sirena de buenos días, siempre esperaba pacientemente mirando el cielo a través del ventanuco que había a unos metros de distancia. Si bajaba un poco la mirada, entre su cama y el ventanuco, veía la cama de 42, que dormía plácidamente.

En ese aspecto, siempre la había envidiado. Se dormía nada más tocar la cama y, además, parecía tan tranquila... Ojalá Alice pudiera hacer lo mismo.

No obstante, despertarse la primera tenía sus ventajas. Todo estaba más silencioso cuando los demás dormían. Podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando no se moviera de la cama, claro. Y era la única hora del día en la que nadie, absolutamente nadie, estaba vigilando sus movimientos. Era como quitarse un enorme peso de encima, aunque fuera solo por un rato.

A veces, también observaba la habitación. Dormía en el edificio principal, en la tercera planta. Tenían un pasillo solo para los androides, con habitaciones iguales para cada grupo. Las dos primeras puertas estaban reservadas para la primera generación; la de la derecha, para los chicos, y la de la

izquierda, para las chicas. Y así hasta llegar a las últimas. Alice pertenecía al grupo de la última puerta a la izquierda, junto con el resto de las chicas de su generación.

Las habitaciones eran bastante austeras. Tenían forma cuadrada, las paredes estaban pintadas de blanco y el suelo era gris —Alice no conocía el nombre del material, pero no le gustaba, estaba bastante frío cuando ponía los pies descalzos en él por las mañanas—. Los únicos muebles eran las cinco camas repartidas para que cada una tuviera su propio espacio personal y la mesa que había junto a la puerta. Una mesa rectangular de metal en la que les ponían la ropa que debían llevar cada mañana.

Alice no sabía en qué momento ponían la ropa allí. Ella era la primera que se despertaba y, aun así, no había conseguido verlo nunca.

Justo entonces, Alice percibió un movimiento con el rabillo del ojo. 42 se había despertado y se estiraba perezosamente. Era la androide con la que más había hablado en su vida, pero nunca mantenían conversaciones muy extensas. Se limitaban a comentar el maravilloso tiempo que hacía, lo agradecidas que estaban a los padres por cuidarlas y lo felices que eran, aunque esa dicha nunca se reflejara en los ojos de ninguna.

—Buenos días, 43 —le dijo 42 con el cabello despeinado y una pequeña sonrisa.

—Buenos días. —Alice le devolvió el gesto.

—Hace un día precioso.

Alice se percató de que 42 no había mirado por la ventana y, por lo tanto, no podía saber si realmente hacía buen día o no.

—Sin duda —le respondió de todas formas.

Pareció que 42 iba a decir algo más, pero se contuvo cuando la sirena de buenos días empezó a sonar. Las demás se

despertaron con el sonido, que se cortó al cabo de menos de un minuto, y Alice se puso de pie para ir a recoger su ropa con ellas.

Siempre era la misma indumentaria: un conjunto completamente blanco con una falda que les llegaba por las rodillas y una pieza superior que cubría su torso y su cuello, dejando los brazos al descubierto. Alice escondió los pliegues de la parte superior de la falda y la alisó, de modo que no quedara ni una sola arruga. Podían castigarla si encontraban alguna. Eran muy estrictos en ese sentido. Bueno, y en todos los demás.

A ella solo la habían castigado una vez. No había sido nada muy grave, pero prefería no volver a vivirlo jamás. Era mejor portarse bien.

Tomó sus zapatos: unas botas blancas sin ningún tipo de atadura que llegaban hasta los tobillos. Tras ponérselas, se recogió el pelo en una cola de caballo, como el resto de sus compañeras.

Después, formaron una fila siguiendo el orden de sus números y salieron de la habitación para dirigirse al comedor, que era la sala más grande del edificio después de la de conferencias, a la que acudían muy de vez en cuando, ya que en contadas ocasiones reunían a los androides allí. El comedor era un espacio enorme cuya pared del fondo estaba cubierta de ventanales que daban a los jardines traseros. Había varias decenas de mesas repartidas de forma organizada con sus respectivos bancos para que cada generación pudiera sentarse con sus compañeros. Esas eran las más cercanas a la puerta por la que salían las madres que repartían la comida. Las otras, las del fondo, eran las de los científicos. Parecían más cómodas que las suyas y, por supuesto, los androides no tenían derecho a sentarse en ellas. Los padres estaban a otro nivel: ni siquiera comían con ellos, sino que tenían una sala especial.

Alice se acercó a la última mesa de metal con sus compañeras y tomó asiento entre 42 y 44. Tras asegurarse de que todos se habían sentado ya, se tomaron las manos las unas a las otras —los chicos estaban delante de ellas— y cerraron los ojos. Sabía que antes la gente hacía eso para rezar a un dios, o a más de uno, pero no acababa de comprender su significado. Había partes de la cultura humana que seguía sin entender del todo.

Seguramente habría gente que todavía lo hacía, pero era un tema tabú en su zona. El silencio era, simplemente, una muestra de respeto por los padres, que les habían dado la vida sin pedir nada a cambio. Además, según ellos, la calma los ayudaba a empezar el día correctamente. Sea como fuere, no era opcional.

Se preguntó qué pasaría si se cruzara de brazos y se negase a agradecerles nada, porque no...

Cortó al instante esa clase de pensamiento, alarmada. ¿Por qué tenía que pensar esas cosas? ¿Acaso quería ponerse a sí misma en peligro? Miró a su alrededor, asustada, como siempre que le pasaba. Le daba la sensación de que algún día alguien, de alguna forma, la descubriría y se lo contaría a los padres.

Pero nunca lo hacían.

—¿Estás bien? —La vocecilla de 42 la devolvió a la realidad.

—Sí. —Alice intentó poner cara de confusión—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque ha terminado el silencio.

—Lo sé.

—Ya, pero... no me has soltado la mano.

Alice parpadeó, confusa de verdad, y sintió que su corazón se detenía un momento al ver que 42 tenía razón. De hecho, se la estaba apretando con fuerza. Se colocó ambas manos en el regazo al instante, nerviosa.

—Estoy bien, es que..., eh..., sigo medio dormida.

—Si tienes un problema de funcionamiento, deberíamos avisar a un padre —le dijo 44, que estaba sentada a su otro lado.

¡No! Alice contuvo la respiración, asustada.

—No hace falta —aseguró tan tranquila como pudo.

—¿Segura? —insistió 44—. Tienes mala cara. No quiero que me riñan por tu culpa.

Apenas había hablado un par de veces con ella, pero a Alice no le gustaba en absoluto 44. Era pelirroja, alta y tenía numerosas y llamativas pecas repartidas por toda la cara y sobre los hombros. Pero lo que disgustaba a Alice no era su aspecto, sino su forma de ser. Siempre parecía estar buscando fallos con la mirada para poder destacarlos y aclarar que ella no los tenía. Era como si se sintiera mejor menospreciando a los demás. Y, por si eso fuera poco, más de una vez había ido corriendo a contarles a los padres cosas que había visto entre sus compañeros.

Una vez había escuchado a un chico de la segunda generación llamarla «sapo», pero Alice no tenía muy claro qué tenía que ver un animalito con hacer de soplona a los padres.

—He dicho que estoy bien —recalcó Alice, retomando la conversación.

—A mí no me pareces muy segura. —44 entrecerró los ojos.

—A mí no me parece que sea tu problema.

Silencio.

Ambas se miraron. Alice se asustó por lo que había dicho. 44 estaba claramente molesta. Ay, no.

Pero entonces la vocecilla de 42 acudió a rescatarla.

—Lo que deberíamos hacer es dar las gracias por estos alimentos. Hoy en día, no es fácil conseguirlos.

—Sí, tienes razón —le concedió 41, una androide de pelo castaño y ojos alargados.

42 tenía un don para disolver situaciones conflictivas sin siquiera levantar la voz, cosa de la que Alice era incapaz. En ese aspecto, también la envidiaba un poco.

En realidad, la envidiaba en más aspectos. 42 era bajita, muy delgada, con el pelo rubio muy claro y la nariz respingona. Tenía los ojos muy grandes para su cara y solía moverlos a toda velocidad, como un cervatillo asustado.

Alice, por otro lado, era muy perfecta. Demasiado. Si es que eso tenía sentido.

Era casi aburrida.

Tenía los ojos redondos, grandes y azules. Simplemente azules. Había visto algunos con motas grises o verdes, pero los suyos no las tenían. Aburridos. Su pelo era lacio y negro. Nunca había sido capaz de darle ni un poquito de volumen. De nuevo, aburrido. Tenía la piel blanca e inmaculada, sin pecas, marcas o cicatrices. Solo unos cuantos lunares repartidos en una de sus mejillas, en el cuello y en el torso. Aburrido otra vez. Ni siquiera la forma de su cuerpo destacaba mucho. Estaba delgada y punto. Sin más. Y ¿qué era eso? Exacto, aburrido.

Las pocas veces que se había mirado a un espejo, había sido dolorosamente consciente de que no era humana. Los humanos no eran perfectos. Ellos eran interesantes. Habría preferido tener alguna tara, aunque fuera pequeñita.

Pero, en fin, eso dependía de su creador, no de ella. Después de todo, era una androide.

Los androides eran formas de vida artificiales, cada cual más avanzada que la anterior, más parecida a los humanos. Los primeros habían sido robots sin más, formas metálicas que se movían de manera evidentemente artificial y ni siquiera tenían voz. Ahora, eran réplicas exactas de las personas. Tanto, que la única forma de diferenciarlos era asegurándose de que tenían su número de serie tatuado en el estómago.

Alice no sabía por qué querrían hacer algo así teniendo a los propios humanos tan cerca, pero nunca lo había cuestionado nadie, así que ella no iba a ser la primera.

Tampoco es que viera mucho a los humanos, vivían en la zona..., bueno, de los humanos. Ella estaba en la de los androides. Las separaban cientos de kilómetros y además llevaban un estricto control sobre la gente que entraba y salía de ellas. Especialmente porque, entre zona y zona, estaban el bosque y las ciudades de los rebeldes, es decir, de las personas que estaban en contra de los androides y de todo lo relacionado con ellos.

—Hoy los padres están inquietos —escuchó decir a 47 al otro lado de la mesa.

Tenía razón. Pero ¿por qué lo había comentado en voz tan alta? Había tenido mucha suerte de no ser escuchado. Lo miró de reojo. No recordaba haberse fijado nunca en él. Era un chico con apariencia agradable, pero ese día estaba extraño. Parecía ¿nervioso? Repiqueteaba los dedos sobre la mesa compulsivamente.

Algunas cabezas se giraron hacia él. Su voz había resonado demasiado. Sí que lo habían escuchado, pero solo sus compañeros. Si tenía algún aprecio por sí mismo, mejor que las madres no lo oyeran. Por no hablar de los padres...

«Padres» era el término que usaban para referirse a los diez creadores de androides de la zona. Los demás, los hombres que se paseaban por el lugar con sus batas blancas y se dedicaban a formular preguntas, a sacarles muestras y demás información a los androides como ella, eran los científicos.

Ninguno de los dos grupos era muy simpático. El padre John era, en su opinión, el más agradable. En el polo opuesto estaba el padre Tristan. Jamás había sido cruel con ella ni con nadie, pero a Alice nunca le había dado buena sensación esa

mirada de ojos azules acuosos y esa sonrisa que parecía ocultar algo retorcido.

Debían de ser imaginaciones suyas, porque nadie se había quejado de él. De hecho, parecían tenerle un cierto aprecio ciego que no llegaba a comprender y que estaba segura de que jamás compartiría.

Tomó el tenedor para mezclar su desayuno, que era una pasta de color verde ideada para incrementar la funcionalidad de sus neuronas, o eso les decían los padres. Fuera lo que fuese, no sabía a nada, pero quitaba el hambre. Lo comían cinco veces al día, junto con piezas de fruta fresca.

—Es verdad —la voz de 47 volvió a resonar, esta vez a mayor volumen. Alice contuvo la respiración cuando las madres, de pie a ambos lados de la cafetería, se volvieron hacia él—. No es justo.

—47, ten cuidado —le susurró su compañero, claramente nervioso—. Siéntate o...

—¡No, no me digas que no es cierto! —Él se puso de pie y golpeó la mesa con la cadera, lo que hizo que los platos temblaran y todo el mundo lo mirara—. ¡Sabes que lo es!

Una madre ya se había acercado con una sonrisa amable.

—¿Hay algún problema?

—No hay... —intentó decir su compañero.

—¡Sí, que quiero irme de aquí! —47 volvió a golpear la mesa y el vaso de agua de Alice vibró peligrosamente. 42 se lo sujetó para que no se derramara.

—Voy a tener que pedirte que mantengas la calma —replicó ella suavemente.

—¡No quiero mantener la calma, quiero irme de aquí!

La madre hizo un gesto a los científicos de la puerta, que se acercaron rápidamente. 47 ni siquiera los vio llegar. Entonces, lo agarraron de ambos brazos y lo sacaron de la cafetería sin que nadie dijera absolutamente nada. Los gritos de

protesta de 47 resonaron en la sala silenciosa unos segundos antes de que todo el mundo siguiera comiendo como si no hubiera sucedido nada.

La última vez que había pasado algo así había sido con 49, un androide aparentemente perfecto que un día se había puesto a gritar en medio de uno de los pasillos. Nadie había vuelto a verlo. Y ya apenas lo recordaban.

Alice vio de reojo que las madres murmuraban entre sí mientras ellos se tomaban el desayuno. Ya habían terminado cuando le dio la extraña sensación de que hablaban de ella.

Quizá no fuera una sensación.

Cuando vio que una se acercaba a su mesa, clavó la mirada en su plato vacío, muy tensa.

—43 —llamó en tono amable y formal—, el padre John quiere verte.

Ella se alisó la falda y se puso de pie, aliviada. Solo era el padre John. Menos mal.

Y aun así, nunca era bueno que una madre viniera a buscarle fuera del horario habitual, que era por la tarde. Mantuvo la calma y se retorció los dedos mientras la seguía. Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

El edificio principal era, básicamente, un conjunto de pasillos blancos e impolutos por los que madres y padres se paseaban de un lado a otro. Ellos, los androides, no podían pisarlos a no ser que fueran llamados.

Alice calculó los movimientos que hacían. Izquierda, derecha, el pasillo de las sillas, derecha, derecha. Puerta azul. Derecha. Escaleras. Izquierda. No sabía por qué lo hacía, era inconsciente, pero siempre se encontraba a sí misma haciéndolo.

—Espera aquí, por favor —pidió la madre, señalando el pasillo—. No te muevas.

Ella se mantuvo en su lugar con los dedos entrelazados. No tenía permitido hablar con madres, padres o científicos si

no le preguntaban algo directamente. Vio que la mujer desaparecía por el pasillo y miró a su alrededor. Estaba completamente sola. Le resultó un poco extraño, pero la idea se fue de su cabeza antes de que pudiera siquiera considerarla porque un ruido parecido a un llanto sonó detrás de la puerta que tenía a su izquierda y la distrajo.

Se detuvo y escuchó más atentamente, curiosa y tensa a partes iguales. Incluso escuchar ya estaba tan prohibido que hacía que se pusiera nerviosa.

Pero solo tenía que hacerlo sin que la pillaran, ¿no? Si no la descubrían, no pasaba nada.

Dudó un momento, mordiéndose el labio inferior. La madre seguía sin aparecer. Estaba sola. Las demás puertas estaban cerradas. Esa era la única entreabierta.

Antes de darse cuenta siquiera, se acercó sin hacer un solo ruido. Se detuvo junto a la abertura y contuvo la respiración, agudizando el oído.

—No es culpa tuya, 47, créeme. —Era la suave voz del padre Tristan.

Un momento... ¿47? ¿El androide al que habían sacado de la cafetería?

—A veces, ocurren errores en los programas —siguió el padre—. Eso hace que vuestro cerebro emule emociones humanas como la angustia, el miedo, los nervios..., y no estáis preparados para sentirlos así. Tu reacción ha sido natural. Te has sentido sobrepasado. Lo entiendo.

—Lo... lo siento. —47 estaba llorando.

Alice no quería, pero a la vez necesitaba mirar. Estaba segura de que había algo que solo podría entender espiando a través de la rendija de la puerta. Pero era muy arriesgado. Si la descubrían...

No. No la iban a pillar. Solo tenía que asomarse un poco más.

—No te disculpes, 47. Ya hemos arreglado el error de tu sistema. Espero que entiendas el castigo.

—Lo en-entiendo, padre Tristan. —El chico seguía llorando.

—No podemos permitir que se produzcan altercados en la cafetería sin consecuencias, ¿verdad?

—V-verdad, padre.

—¿Qué crees que pasaría si no te hubiéramos castigado?

—Q-que... no los tomarían en serio, padre.

—Exacto, 47. Eres un androide muy inteligente. Cuando te creé, supe que serías el mejor de tu generación. Muchos no lo entenderían, pero tú sí.

Alice no lo soportó más. Se asomó lentamente, con las manos sudorosas y el corazón latiéndole tan fuerte que le dolía el pecho. Alcanzó a ver la ventana del despacho y a 47 sentado delante de la mesa del padre Tristan, tapándose la cara con una mano. Seguía llorando. Su creador lo miraba casi con ternura.

—No hace falta que nadie se entere de lo que ha pasado —replicó el hombre suavemente, y Alice vio que hacía un gesto al otro lado de la habitación.

Se apartó de golpe cuando un guardia emergió de la nada, transportando algo. Sintió el cuerpo entumecerse por los nervios. Cuando los pasos se detuvieron, volvió a asomarse.

—Esto es para que sepas que lo que hiciste estaba mal, pero también para que veas que, pese a todo, sigo considerándote un androide válido y excelente.

Alice frunció el ceño cuando vio que le daban algo parecido a un guante de metal. No entendía nada. El guardia lo extendió hacia 47, que se frotó los ojos con el dorso de la mano derecha y lo alcanzó.

—Colócatela, 47 —lo apremió el padre Tristan como si hablara como un niño pequeño.

El joven seguía llorando cuando levantó el brazo izquierdo. Alice contuvo la respiración inconscientemente, llevándose una mano a la boca para no gritar. Se había quedado clavada en el sitio, paralizada.

47 no tenía mano.

No pudo verlo bien porque se había mareado, pero consiguió intuir que se colocaba el guante de metal. En cuanto lo tuvo puesto, Alice se dio cuenta de que era una imitación exacta de su mano. Era como si no hubiera pasado nada. Al menos, hasta que tuviera que usarla.

Se apartó de la puerta, pegándose a la pared con el corazón en un puño.

¿Así eran los castigos?

—¿Qué se dice cuando alguien te da un regalo, 47?

—G-gracias, padre Tristan.

—Eres un buen prototipo, 47. Esta noche la pasarás en el hospital y mañana volverás con tus compa...

Alice se apartó bruscamente cuando escuchó al guardia acercándose. Se detuvo de nuevo en el punto exacto en el que la madre la había dejado y cerró los ojos para recuperar la compostura. No podía dejar que la vieran alterada. Sabrían que había estado escuchando. Y no quería perder su mano. Solo pensarlo hacía que se le acelerara el pulso.

El guardia salió del despacho acompañando a 47. Alice levantó la mirada para encontrarse con la suya, aunque no pareció verla del todo. Estaba pálido, tembloroso y tenía mechones de pelo castaños pegados a la frente por el sudor frío. Parecía tan perdido...

—43 —la voz del padre Tristan la tensó de pies a cabeza—, ¿qué haces ahí?

Él también había salido del despacho tras ellos, aunque se detuvo al ver a Alice.

—El padre John ha solicitado verme —replicó ella con el tono de voz más neutral que fue capaz de encontrar—. Una madre me ha indicado que espere aquí.

La sonrisa del padre Tristan pareció un poco más desconfiada esa vez.

—Y ¿cuánto hace que esperas ahí?

Ella tragó saliva. No podía dudar. Levantó la cabeza y lo miró con falsa confusión.

—Padre Tristan, los androides no disponemos de recursos para saber la hora exacta.

Por un momento, pensó que se había pasado de lista. Pero él se limitó a negar con la cabeza.

—Eres muy locuaz —replicó, y casi parecía divertido. Macabramente divertido.

¿Qué significaba locuaz?

—Pero no verás al padre John —añadió suavemente—. Ven conmigo.

Ella abrió mucho los ojos. Desobedecer a un padre era impensable, pero el padre John quería verla. ¿A cuál de los dos tenía que obedecer?

—Pero...

—No te preocupes por tu creador. Yo hablaré con él. Ahora, ven conmigo.

No le quedó más remedio que hacerlo, incluso con las pocas ganas que tenía.

Se sentó en el lugar que había ocupado 47 unos segundos antes. La silla seguía caliente. Eso hizo que se sintiera peor. Alice se retorció los dedos de nuevo hasta que le dolieron y tragó saliva, fingiendo tranquilidad.

—¿Te importa que te haga algunas preguntas de calibración, 43?

Lo dijo como si le interesara su opinión, aunque realmente no era así.

—Por supuesto que no, padre Tristan.

—Bien. Preséntate.

Siempre, antes de una entrevista con un padre, tenían que decir todos sus datos.

—Número de serie: 43. Modelo: 4300067XG. Creación finalizada por el padre John Yadir el 17 de noviembre de 2045, a las 03:01 de la mañana. Recuerdos artificiales implantados por vía modular. Zona: androides. Función: androide de información. Especialidad: historia clásica humana.

—¿Puedes explicarme cuál es tu función exacta como androide de información?

—Claro, padre —replicó con voz automática—. Como androide de información, dispongo de una capacidad cerebral superior a la media para almacenarla. Mi especialidad es la historia clásica de la humanidad, aunque poseo algunos datos de los años anteriores a la guerra. Además de eso, puedo hablar veinticinco idiomas distintos y tengo la capacidad de aprender uno nuevo en un tiempo relativamente rápido.

—¿Qué me dirías si tuvieras que presentarte formalmente?

—Mi nombre de serie es 43. Es un placer conocerlo. Estoy a su disposición para guiarlo en cualquier problema o duda que tenga sobre nuestra zona. ¿Necesita ayuda en algún aspecto?

—Perfecto. —Él sacó un pequeño cuaderno digital y con uno de los lápices negros empezó a dibujar en la pantalla cosas que a Alice le resultaron imposibles de entender—. El otro día me hablaste de un sueño, ¿has vuelto a tenerlo?

En realidad, no se lo había dicho. Él siempre parecía saber cosas que no debería.

—Alguna noche, sí —mintió ella, olvidándose de los modales por un momento. Se apresuró a rectificar—..., padre.

—Y ¿puedes explicarme de qué trata el sueño?

—No lo recuerdo muy bien —repitió, como cada vez que le habían preguntado eso—. Es confuso.

—Cualquier cosa me irá bien.

—De verdad que no lo sé, padre. Es complicado.

—Soy bastante listo, inténtalo.

Ella nunca se lo contaría. Sin importar las veces que preguntara. No le gustaba ese hombre. Ni sus ojos, ni su escaso pelo blanco, ni su barriga regordeta, ni su voz amable. Especialmente su voz.

—Es sobre... —pensó un breve instante—. Una luz.

El hombre empezó a dibujar de nuevo símbolos extraños.

—¿Cómo es la luz?

—Brillante —replicó ella, con un ligero tono irónico. El padre Tristan levantó la cabeza y la miró un momento. Ya no sonreía tan abiertamente como antes—. Extraña.

¿Qué había sido eso? ¿Había hecho una broma? ¿Ella? ¿Podía hacer bromas?

—¿Nada más?

Por su mirada, él sabía que sí había más.

—No, padre.

El padre Tristan se quedó mirándola unos segundos, abrió la boca para replicar y, justo en ese momento, la puerta se abrió y el padre John entró con las mejillas rojas por la ira y el pelo castaño perfectamente ordenado. Alice se puso de pie automáticamente, como era de esperar en ella.

El padre Tristan parecía desconcertado.

—¿Qué haces aquí, John?

—He solicitado hablar con mi androide —replicó él en tono cortante—. Te agradecería que fuera la última vez que interrumpes mis sesiones.

—Lamento haberte enfadado —replicó el padre Tristan—. Solo quería preguntarle algunas cosas. Es toda tuya. Seguro que tenéis mucho de lo que hablar.

Alice siguió a su creador hacia el pasillo anterior, dejando al otro padre con una sonrisa pretendidamente amable que fue apagándose a medida que se acercaban a la puerta. Otra vez volvió a entrar en un despacho, aunque esta vez fue el de su querido padre John.

—Pa... —empezó, pero fue interrumpida.

—Escúchame bien, Alice. —El hombre se acercó a ella y la miró desde su altura. No podía tocarla, no debía acercarse más de medio metro. Era inapropiado—. Necesito que hagas exactamente lo que voy a decirte a continuación y, pase lo que pase, no lo cuestiones.

—¿Eh?

—Escúchame —repitió, y parecía nervioso—. Ha habido problemas en las otras zonas.

Alice parpadeó, confusa, pero él no le dio tiempo a decir nada antes de seguir hablando.

—No sé qué ha pasado exactamente, pero hemos perdido el contacto con los humanos. Todo indica que los rebeldes los han atacado... o se han aliado con ellos, no lo sé. Nadie lo sabe. No podemos estar seguros de nada.

Alice frunció el ceño. Era extraño que su padre le hablara de otros lugares. Y mucho más que le estuviera contando que había problemas en ellos.

—Nunca nos han tenido mucha estima —replicó el padre John con una sonrisa triste—. Temo que asuman que somos una amenaza para ellos, como creen esos indisciplinados de los rebeldes. Lo último que hemos sabido es que los humanos ya no hablan con nosotros y hay un grupo de rebeldes acercándose a nuestra zona.

—Los nuestros nos protegerán —replicó Alice aterrorizada, olvidando sus modales por completo—. Los... los científicos...

—No sabemos cuántos son, ni si van armados, ni siquiera si pretenden hacernos daño. No puedo arriesgarme a que

vengan y te quedes desprotegida, Alice. Eres mi mejor creación.

Ella no sabía qué decir. Tampoco comprendía por qué le contaba eso, no tenía por qué hacerlo.

—No puedes estar aquí cuando eso ocurra, ¿lo entiendes? —siguió él—. Si percibes peligro, márchate. Toma todo lo que necesites y vete sin que nadie te vea.

—Pero, padre... —empezó—. No..., no entiendo cómo...

—No hay nada más que entender —replicó él, y dio la vuelta a su despacho para recoger algo de su mesa. Alice sintió un escalofrío cuando se lo puso en la mano—. Esto es un arma. Un revólver. Te ayudará.

—Padre...

—Créeme, lo necesitarás.

—No —replicó, y se lo devolvió—. Ni siquiera puedo salir del edificio.

—Y no te estoy pidiendo que lo hagas si no es necesario.

—Pero las reglas...

Las reglas eran en lo que se fundamentaban sus vidas. La base de todo lo que conocía. No entendía cómo a su padre no le asustaba decir todo aquello. Si lo escuchaban... La imagen de 47 le vino a la mente enseguida.

—¡Olvídate de las reglas! —replicó él, y, al ver que la había asustado, respiró hondo y se calmó un poco—. Alice, ¿te he mentido alguna vez?

—No...

—Bien, ¿confías en mí?

Ella asintió con la cabeza sin siquiera dudarlo.

—Entonces, toma el revólver. —Ella lo metió en el pliegue de su falda, sintiéndose incómoda ante la repentina frialdad del objeto—, mételo debajo de tu colchón o donde sea. Que no lo encuentren. Eso es crucial. Y prepárate para salir corriendo en cualquier momento.

—E-está bien...

—Está bien —repitió él, y pareció aliviado—. Alice, no le cuentes esto a nadie, ¿vale?

—Pero... —Ella seguía sin entender nada—. ¿Qué hay de los demás? ¿Y de ti? De usted, perdón.

—¿Crees que ahora me importa que te saltes los modales? —Casi pareció divertido, pero volvió a su cara de preocupación al instante—. No pienses en los demás. Piensa en ti misma. Eres la única persona en la que puedes confiar, Alice, nunca lo olvides.

Ella tardó un momento en poder formular una respuesta.

—Entonces, si pasa algo, ¿me voy corriendo? Y... ¿qué harás tú?

—Sabes que me las apañaré, y tus amigos también. Por el momento, no puedes ayudarlos.

—P-pero..., aunque consiguiera escapar..., no tengo ningún lugar al que ir. Soy una androide.

—Claro que lo tienes. Tú sigue el bosque hacia el este. El lado de las montañas por donde sale el sol cada mañana. Eso es el este. No te desvíes en ningún momento, ¿vale? Evita las ciudades y los caminos principales. Solo intenta no encontrarte con los rebeldes. No sé qué serían capaces de hacer si vieran el número en tu estómago.

—¿Qué hay al este?

—Una ciudad amiga. Tiene los muros grises y un gran edificio de madera en el centro. La reconocerás enseguida. Diles quién eres y cuidarán de ti.

—Padre, ¿por qué me está contando todo esto? Si alguien lo escucha..., podría castigarlo.

El hombre la miró un momento, y a Alice le pareció ver algo extraño en su mirada, algo que no había visto antes.

—Eres mi prototipo más perfecto —replicó—. Mi investigación completa se basa en ti. Si te matan, lo pierdo todo.

La puerta se abrió en ese momento y, antes de que Alice respondiera, una madre entró en el despacho con una sonrisa cordial.

—El padre George quiere hablar con usted —le dijo a su creador.

—Bien. —Él dirigió una mirada a Alice, una mirada significativa que prometía cualquier cosa y que rogaba que no hiciera ninguna estupidez—. 43, vete a atender tus tareas, hemos terminado.

—Sí, padre —replicó con voz temblorosa, y abandonó la habitación con el peso del revólver en su cintura.